

UNA TEOLOGÍA DE LA EXISTENCIA CRISTIANA

Que la teología cristiana se haya renovado tanto desde hace un siglo se debe a su capacidad de escuchar las cuestiones llegadas desde otras esferas y de tenerlas en cuenta para su propia elaboración. Esto es cierto sobre todo en el marco del ecumenismo, que ha permitido importantes avances a propósito de la relación entre escritura y tradición, de la doctrina de la salvación o de la comprensión de la eucaristía. También ha tenido que ver con las reflexiones suscitadas por la consideración del “mundo”: mientras que Teilhard tuvo el coraje de enfrentarse a los desafíos de la ciencia, numerosos teólogos han tenido el valor de debatir con el ateísmo moderno y con las otras religiones para encontrar en estos debates auténticas vías de acceso a la inteligencia de la fe. El Vaticano II refleja bien este movimiento de apertura que en los decenios siguientes se ha visto acentuado por ciertas corrientes del cristianismo europeo y por el surgimiento de nuevas corrientes teológicas fuera de Europa.

Une théologie de l'existence chrétienne, Études 404 (2006) 89-98

Los cristianos y “los otros”

Ciertamente las evoluciones dadas en los últimos tiempos no han sido unilaterales, puesto que han estado marcadas asimismo por el resurgimiento de corrientes tradicionalistas. Además, entre aquellos que han hecho la opción de una teología en debate con el mundo contemporáneo se advierte todo un abanico de posiciones diversas. Así, ¿cómo afrontar la situación de aquellos que no comparten la fe cristiana? ¿Pueden ser designados como “cristianos anónimos”, tal como hizo Rahner, o se debe rechazar tal lenguaje porque no respetaría la alteridad de los “no-cristianos”? Pero las corrientes pluralistas, que pretenden ser

fieles a esta alteridad, reúnen en torno a sí tendencias muy diferentes: unas presentan el cristianismo como una religión más; otras mantienen la normatividad de la referencia a Cristo en la apreciación de las tradiciones religiosas.

Estas apreciaciones no hacen sino ilustrar o confirmar el diagnóstico planteado anteriormente. La teología de los últimos decenios se ha caracterizado globalmente por un movimiento de apertura al mundo, y el mejor índice de ello es la transformación de la comprensión de los otros -“increyentes” o “creyentes distintos”. Las interpretaciones estrechas, cuando no violentas, del adagio “*extra ecclesiam nulla salus*” (fuera de la Iglesia no hay salva-

ción) han dado paso a la afirmación según la cual Dios se comunica a quien quiere y como quiere, siempre que se esté dispuesto a acogerlo. Además, contrariamente a lo que decía la antigua problemática de la salvación de los infieles, la salvación puede llegar por mediación de determinadas tradiciones culturales y religiosas (siempre que no sean incompatibles con el mensaje evangélico).

El reconocimiento de estos avances tan valiosos no debe sin embargo ocultar las dificultades presentes. Independientemente de las cuestiones internas de la vida de la iglesia, la necesaria atención al mundo de las religiones no puede hacer olvidar las graves cuestiones que la increencia y la indiferencia (muy presentes en las sociedades europeas) siguen planteando a la fe cristiana. Y, en cuanto a las religiones en sí mismas, un diálogo serio con ellas (al menos allí donde es posible) lleva paradójicamente a experimentar la distancia respecto de las tradiciones que, en puntos a menudo esenciales, se revelan divergentes de la tradición cristiana. Más aún, como por un efecto boomerang, los despliegues teológicos en dirección a los otros creyentes son objeto a veces de una sospecha: la apertura así mostrada ¿acaso no encubre sutilmente una pretensión indebida de pronunciarse sobre el sentido de todas las grandes religiones, cuando precisamente el cristianismo debería hacer un acto de humildad en razón de las consecuen-

cias que han marcado su historia, y reconocer en todo caso la particularidad que le es propia por el hecho de su enraizamiento en el mundo mediterráneo?

En estas condiciones, la teología se encuentra confrontada con exigencias nuevas en relación a la época en que la iglesia salía de la cristiandad para abrirse al encuentro de “los otros”. Esta apertura sigue siendo necesaria, y más que nunca en unos tiempos en que los individuos y los grupos están tentados por toda clase de repliegues identitarios. Pero sólo puede ser creíble si rinde homenaje a la *existencia cristiana*, en tanto que ésta requiere una cierta *forma de relación con el otro* y la adhesión a *valores* esenciales del ser humano. El camino así recorrido nos predispondrá a escuchar en qué consiste el *misterio* de dicha existencia y a reconocer sus implicaciones para la comunidad que vive de él.

La forma evangélica de la relación

Dos escollos opuestos amenazan periódicamente la existencia cristiana: el dogmatismo y el relativismo. El error del dogmatismo consiste en invocar la verdad contra los otros. La historia muestra que el cristianismo ha sucumbido a él más de una vez (guerras de religión, etc.). Y sin duda corre el riesgo de seguir sucumbiendo a él, cuando se siente amenazado por

los movimientos sectarios y los grupos religiosos extremistas, o cuando quiere protegerse del relativismo. Éste, por su parte, tiene razón en reconocer a los demás su parte de verdad, pero su error consiste en aceptar que todas las creencias valen lo mismo. También esto es una tentación para los cristianos, especialmente en una época en que se conjugan el malestar de Occidente y la potente seducción de los misticismos de Oriente.

No se trata de escoger una vía intermedia entre los dos escollos. El cristianismo de hecho no tiene nada de qué renegar por lo que concierne al evangelio recibido y la confesión de fe eclesial. Pero esta verdad no sólo afecta al contenido de lo que se cree, sino que está ligada también a una manera de ser en el mundo y a una manera de relacionarse con los otros.

Esta consideración se apoya ante todo en el testimonio mismo de Jesús de Nazareth, en quien se revela una perfecta correspondencia entre palabras y obras, entre el contenido de la enseñanza y la forma de relación con el prójimo. Habría que releer el bello texto del Vaticano II en la Declaración sobre la Libertad Religiosa: “Cristo invitó y atrajo hacia sí a sus discípulos con paciencia... Dio testimonio de la verdad, pero no se quiso imponer por la fuerza a sus contradictores. Su reino no se defiende con la espada...” (*Dignitatis humanae*, cap. 11). El texto sigue afirmando que los apóstoles

“siguieron la misma vía”; anunciaban el evangelio con coraje, “pero frente a los débiles, incluso si vivían en el error, su actitud era respetuosa”. Ciertamente el propósito del Vaticano II debe ser situado en su contexto: reconociendo que la iglesia recurrió en su historia a “maneras de actuar contrarias al espíritu evangélico”, el concilio invocaba el testimonio de Jesús y de las primeras comunidades para fundar el principio según el cual nadie debía ser obligado a profesar la fe cristiana. Pero, más allá de este principio, que todavía es totalmente válido, especialmente frente al proselitismo de las sectas, hay que reconocer que el texto del Vaticano II alcanza un plano mucho más elevado: lo que está en cuestión no es sólo el respeto a la libertad religiosa, sino la calidad de una relación con el prójimo que sea coherente con el evangelio.

Evidentemente no puede esperarse que esta manera de plantear las cosas sea suficiente para “probar” la verdad del cristianismo. Sería recaer en la lógica de la obligación frente al otro. Sería al mismo tiempo olvidar que el amor evangélico debe ser desinteresado y gratuito. Los cristianos son a veces testigos, otras veces beneficiarios de la bondad o de la compasión de la que los otros hacen gala. Muchos que no conocen a Cristo dan de comer y beber, visitan a los enfermos y los prisioneros. Se ha reprochado a Rahner haber hablado de “cristianos anónimos”. Pero, según el evangelio, un

día se revelará que esos hombres hacían sus gestos, sin saberlo, en nombre de Cristo. Los cristianos tienen el derecho de creer esto sin ser sospechosos de “recuperación”. Y tanto mejor si el ejemplo de los otros hace que se vuelvan más exigentes desde el punto de vista del evangelio.

¿Qué valores predicamos a la humanidad?

Tal actitud revela que el cristianismo no implica sólo una manera de ser, sino la adhesión a valores fundamentales de la existencia humana. Sería peligroso subestimar esto en nombre de una sospecha de tipo histórico sobre la particularidad cultural de la tradición cristiana. El enraizamiento mediterráneo de ésta es innegable, pero, además de que el evangelio puede penetrar en otras culturas, los valores heredados del mundo judío y del mundo griego merecen ver reconocida su universalidad. Ciertamente, no se puede ignorar que hubo grandes conflictos entre los valores de ambos mundos, ni se puede ignorar la fecundidad de una y otra tradición. Cuanto más crece la globalización, tanto más debe el cristianismo afianzar sus raíces en el mundo griego y en el judío: le va en ello la vida, y también la humanidad se juega mucho con ello.

Se podrían identificar algunos de estos valores. Del lado de la fuente judía se da la denuncia de

la idolatría, en el sentido de que no es humano tratar como absoluto aquello que no lo es (sea la riqueza, el poder o toda otra realidad humana). También tenemos el cuidado del huérfano y la viuda: no es humano omitir la justicia frente a los más desfavorecidos. Del lado de la fuente griega tenemos la herencia de la razón, del *logos*, de la argumentación filosófica. Reconocer esta herencia no impide ser lúcido sobre las consecuencias del racionalismo o sobre las violencias que la referencia al *logos* puede ocasionar: se trata, más bien, de concienciarse de la exigencia de racionalidad inherente al cristianismo contra el fideísmo.

Entre los valores que en nuestra situación presente revisten más importancia podemos resaltar el respeto a las personas en su unicidad, valor en dependencia directa de la tradición bíblica, presente también en la tradición griega, y que encuentra un fundamento evangélico en la revelación del Dios hecho hombre; este valor es una referencia vital para los individuos y las sociedades. También están los movimientos pacifista y ecologista que luchan contra todas las amenazas de degradación y de violencia. Los discípulos de Cristo no serán los únicos que combaten por esas causas, pero eso es para ellos motivo de alegría. Porque se trata efectivamente de combates, ya que estos valores mencionados no son compartidos por todos y, sobre todo, a menudo son contradichos por los hechos. Es

responsabilidad de los cristianos dar testimonio de estos valores. Va en ello la vida y la supervivencia de la humanidad.

Es cierto que el cristianismo comparte estos valores con otros, sin embargo les reconoce una justificación específica a la luz de su propia tradición. Hemos evocado la revelación de un Dios que se hace hombre, pero es importante detenerse un poco sobre lo que constituye propiamente el misterio de la existencia cristiana.

El misterio de la existencia cristiana

“Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?” Lo que da su peso definitivo al comportamiento de los cristianos frente a los demás es su fe en la resurrección de los muertos. Pablo lo decía a los cristianos de Corinto: “Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe” (1 Co 15, 13-14). La teología del siglo XX ha sabido recuperar, al filo del debate con el marxismo, la escatología cristiana como fundamento de una acción social y política. Con J. Moltmann, J. B. Metz y la teología de la liberación sudamericana, la teología ha mostrado que el cristianismo no debía ser un opio del pueblo y que la esperanza del Reino de Dios le remitía, aquí y ahora, a las tareas requeridas para la humanización de la sociedad.

Hoy lo que nos hace falta es mostrar que la calidad de la relación con los demás y la adhesión a los valores fundamentales de la humanidad encuentran una justificación radical en la fe en la resurrección de la carne, muy distinta de una simple inmortalidad del alma o de una creencia en la reencarnación. En efecto, esta fe es para cada uno promesa de un futuro misteriosamente ligado a su humanidad, a su historia, a sus relaciones, a todo lo que sea libertad. No se trata de la esperanza en una vida sometida a la misma caducidad que la de esta vida mortal. Es la esperanza de una vida nueva definitivamente liberada de la muerte y esta novedad misma, a diferencia de los sucesivos renacimientos o reencarnaciones que disolverían la identidad personal, da a cada ser humano y a cada uno de sus actos un valor único, hasta el punto de que determinadas decisiones pueden comprometer al cristiano por entero, quedando a salvo la libertad de Dios y la posibilidad siempre ofrecida de su perdón.

La fuerza de esa esperanza apunta a un acontecimiento que está inscrito en el pasado de nuestra historia. El futuro que los cristianos esperan fue ya inaugurado en esta historia el día en que un hombre, Jesús de Nazareth, resucitó de entre los muertos. Desde la luz de Pascua se ilumina lo que precede: la vida de este hombre poderoso en obras y palabras, desde el principio de su ministerio hasta su muerte en cruz; su mane-

ra de curar y de perdonar; su misteriosa identidad, que no lo sitúa simplemente en continuidad con las generaciones precedentes, sino que le une directamente a Dios mismo; este lazo especial que hace de él el Hijo único del Padre, encarnado en figura de Siervo que se ofrece a sí mismo a la muerte para que la multitud pueda tener parte en la vida divina. El tipo de relación que los cristianos deben tener con los otros y con los valores que representan debe ser testimonio de lo que ha sido la presencia de Dios en el mundo en la persona de Jesús, en la historia humana, de la manera que se comportó con ellos, de los bienes del Reino cuya venida proclamó, de la misión que confió a los suyos y de la misión de hablar y actuar en su nombre en los tiempos futuros.

Pero la existencia cristiana no es sólo *anámnesis* de este acontecimiento inscrito en nuestra historia. El evangelio de Mateo acaba con estas palabras del Resucitado a sus discípulos: “Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”. Y Pablo revela a los cristianos de Corinto que ellos mismos son “cuerpo de Cristo” y “templo del Espíritu Santo”. A lo largo de la historia iniciada por la venida de Dios y hasta el presente, muchos hombres y mujeres han tenido la vocación de configurarse en Cristo, viviendo de Él por su Espíritu. En la medida en que responden a esta llamada, el don del resucitado sigue ofreciéndose en la fragilidad

de sus personas, que son como “otros cristos”, que atestiguan con sus vidas la permanente novedad del evangelio. La actitud de los cristianos en el mundo no procede de la simple referencia a un maestro del pasado que se trataría de imitar lo mejor posible, sino que se enraíza en su experiencia, a la vez personal y comunitaria, de una vida que, radicada en el don de Cristo y el acontecimiento de la Pascua, permanece activa en ellos por la fuerza del Espíritu. Este don de la vida divina se manifiesta en los gestos sacramentales, que se han de acoger en todas las dimensiones de la vida eclesial, pues es la iglesia en su conjunto la que acoge en ella el misterio confiado a los discípulos y que tiene la misión de testimoniar.

Esto no es cerrar los ojos a las dificultades institucionales que afectan a la iglesia, ni a sus propias infidelidades al mensaje del evangelio. Hay que afirmar más bien que la conciencia de su vocación puede ayudarla justamente a convertirse más en ella misma: cuanto más la iglesia haga memoria de esta vocación, más podrá reconocer el camino a recorrer para que pueda ser verdaderamente, según el deseo de Cristo, “toda resplandeciente, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada” (Ef 5, 27). Nuestras reflexiones invitan en particular a subrayar que la comunidad cristiana no sería coherente con ella misma si no reflejara en su seno la forma evangélica de la relación con el otro. No lo sería si

sus miembros no practicaran entre ellos los valores a los cuales quiere adherirse por el bien de la humanidad. Añadamos que, en esta perspectiva, la división de los cristianos debe aparecer como un escándalo a superar. Sean las que sean las dificultades del movimiento ecuménico, no podemos resignarnos a la idea de que con él se pierde identidad en provecho del diálogo interreligioso. Si ser cristiano implica la experiencia de una comunión entre aquellos que confiesan en verdad el nombre de Jesús, hay que mantener que el diálogo de la iglesia católica con las otras iglesias o confesiones es una prioridad esencial. Se trata de una exigencia interna del cristianismo, pero también de su credibilidad frente a otros creyentes o no-creyentes.

Conclusión

Exigir una teología de la existencia cristiana no es dar la espalda a la atención que debemos tener hacia los no creyentes, no es olvidar la bella enseñanza del Vaticano II, según el cual el Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que sólo Dios conoce, la posibilidad de asociarse al misterio pascual. Los cristianos pueden atesorar cualidades humanas y espirituales a su alrededor. Muchos que no creen en el cielo, o que creen de otra manera, comparten con

ellos valores fundamentales de la existencia humana. Muchos practican gestos de compasión parecidos a los que evocaba la parábola del juicio final en el evangelio de Mateo, que los pone en relación con la venida del Hijo del Hombre.

Pero esas actitudes no son evidentes de por sí y a menudo vienen contradichas por comportamientos de violencia. Exigir una teología de la existencia cristiana es esperar que la teología ponga en evidencia las opciones del cristianismo en los dos ámbitos mencionados: la relación con el otro y los valores esenciales a la humanidad. Y es también esperar que la teología presente de manera creíble el misterio que los cristianos intentan vivir y que es la justificación profunda de su manera de estar en el mundo. La adhesión a tal misterio no puede ser impuesta a nadie, pero la situación pluralista de nuestro tiempo requiere que, en el respeto al otro, la comunidad cristiana sepa dar razón de su propia esperanza. Esto sólo podrá suceder allí donde los discípulos de Cristo, por la calidad de su existencia, se interroguen sobre la fuente de la que proceden, y quizás entonces sea dado a sus interlocutores poder llegar a la esperanza a través del testimonio de los cristianos –o tener un día el corazón ardiente como si Alguien pasara por su camino y, sin ser conocido por ellos, les abrazara con su presencia.

Tradujo y condensó: MARÍA JOSÉ DE TORRES